

alta  mar

Marco Polo no fue solo

Pilar Lozano Carbayo
Alejandro Rodríguez



Premio
Lazarillo
2010

alta  mar

Novela histórica

11.^a edición
22.000 ejemplares

 Bruño

© Pilar Lozano Carbayo y Alejandro Rodríguez
© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.brunolibros.es

Dirección del proyecto editorial

Trini Marull

Dirección editorial

Isabel Carril

Edición

Begoña Lozano

Preimpresión

Francisco González

Diseño de cubierta

Miguel A. Parreño (MAPO diseño)

Diseño de interior

Inventa Comunicación

Este libro dispone de un cuaderno de Lectura Eficaz.

Primera edición: marzo 2011

Undécima edición: septiembre 2019

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin el permiso escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción o la transmisión total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento mecánico o electrónico, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Pueden utilizarse citas siempre que se mencione su procedencia.

ISBN: 978-84-216-9870-9

D. legal: BI-998-2011

Printed in Spain



Marco Polo no fue solo

Premio Lazarillo 2010
Lista de Honor Premio CCEI 2012
Lista de Honor Premio CCEI de Ilustración 2012

Pilar Lozano Carbayo
Alejandro Rodríguez

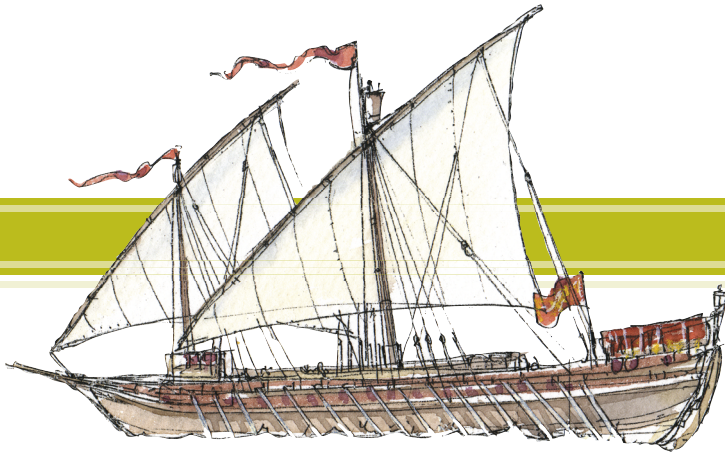


Ilustración
Jordi Vila Delclòs


Año 1269, Venecia. Marco Polo inicia su viaje hacia Oriente. En un mundo sin consolas, cine, televisión ni internet, el gran viajero encendió la llama de la fantasía y la imaginación en muchas generaciones de niños que leían asombrados el *Libro de las maravillas*.



A Yolanda, gracias por llenar
de amor y alegría nuestro viaje...
Y a Nico y su abuelito.

* Al final del libro encontrarás un glosario de palabras en el que podrás ampliar tus conocimientos sobre los lugares o personas señaladas a lo largo del texto con un asterisco.

Aprendiz de zapatero

— ¡  OOO! —gritó Mateo levantándose rápidamente de la banqueta.

Cuando se trataba de salir, Mateo era el primero en presentarse voluntario. Las largas horas de trabajo en el interior del taller se le hacían interminables y su cara solo se animaba ante la perspectiva de recorrer las calles de Venecia*.

—Estos son los recados —le dijo su maestro—. Te acercas a casa del orfebre Luca y le entregas estos zapatos de novia. Preciosos, ¿eh? ¡Bah!, qué sabrás tú de zapatos; y estos de caballero son para el comerciante de telas Antonio. ¿Recuerdas dónde vive? Bien. Luego compras una hogaza de pan y te acercas a buscar los tintes que tengo encargados. ¿Te acordarás de todo?

—Síii, síii.

—Sí, sí, ¡no! Repítelo.

—Zapatos de novia para el orfebre Luca, zapatos de caballero para el comerciante Antonio, compro pan

y recojo los tintes –contestó Mateo extendiendo la mano.

—Mira qué listo eres cuando quieres. Vete y no te entretengas. ¡Mucho antes del toque de queda te quiero en casa! ¡Corre! –le dijo su maestro entregándole unas monedas.

Mateo se puso encima su camisa gruesa y salió a la calle con los zapatos envueltos en un hatillo. Miró al cielo y vio que el sol todavía estaba alto. ¡Quedaban por lo menos dos horas para que anocheciera! «Si me doy prisa, tendré tiempo de acercarme al puerto», pensó.

Se encaminó hacia el puente sobre el Gran Canal* que le llevaba al barrio de Rialto, donde se hallaban las tiendas de los artesanos. La noche anterior había llovido y las calles se encontraban enfangadas, lo que dificultaba más el paso de la gente que caminaba ajetreada de un lado a otro.

Mateo avanzaba a empujones sin atender a los gritos de los mercaderes:

—¡Al rico pescado fresco!

—¡El más sabroso embutido!

Era un chico menudo de apenas ocho años, que se escurría con habilidad entre unos y otros, procurando no caer en la alcantarilla abierta que corría paralela a la calle.

Quería llegar a tiempo de escuchar a Micaelo, un marino que se ganaba la vida contando extraordi-

narias historias sobre sus viajes. Aseguraba que había llegado hasta el final del mundo y que había visto cosas increíbles. Sus relatos siempre acababan igual, mientras extendía la mano entre sus oyentes para recoger las monedas que quisieran darle:

—Y yo os aseguro que la historia que os he contado es cierta y verdadera y que en ella no hay nada que sea mentira, y aunque el lugar que os he descrito es extraordinario, nunca he visto en mi vida ciudad tan espléndida, bulliciosa y animada como nuestra querida Venecia.

Decía «Venecia» en voz más alta y haciendo una reverencia a sus oyentes, que aplaudían orgullosos. Sabían que no llegarían nunca a conocer los países, ciudades y gentes de los que les hablaba Micaelo, pero se consolaban pensando que ni falta que les hacía si, al fin y al cabo, ¡vivían en la ciudad más animada y rica del mundo!

No le ocurría igual a Mateo, que cuando oía las últimas palabras de Micaelo se enfurruñaba. Él sí deseaba con todas sus fuerzas viajar a tan extraños lugares, con terribles animales de dos cabezas, hombres de ojos rasgados que hablaban en lenguas incomprensibles, feroces guerreros más altos que la torre de una iglesia, alucinantes parajes donde los viajeros veían árboles y lagos que resultaban ser solo arena reseca..., y la nieve, sobre todo la nieve. «Un manto blanco y helado que cae desde el cielo a la tierra y se deshace en las manos, dejándote el frío dentro del cuerpo... a veces hasta morir», decía Micaelo. «¿Cómo sería la nieve?», pensaba Mateo.

Golpeó la aldaba de la casa del orfebre Luca. La criada cogió los zapatos que le entregaba y le hizo esperar en la calle. Un rato más tarde le daba una moneda.

—Toma, chico, esta moneda es para ti, que a mi ama le han encantado los zapatos. Ya ves, está tan contenta de casarse..., y eso que el novio es más viejo que mi padre y ni tan siquiera lo ha visto nunca, pero...

Mateo dio las gracias y dejó a la criada que siguiera hablando ya sin escucharla. No podía entretenerse. Rápidamente entregó el segundo par de zapatos y compró la hogaza de pan y los tintes. Lo envolvió todo y con la propina que había recibido tomó la barca que bajaba por el Gran Canal de Venecia hacia el puerto.

Caminó entre los que descargaban grandes arcones de mercancías y los que simplemente se entretenían mirando los espléndidos barcos atracados en el puerto. Finalmente, llegó al rincón donde se solía sentar sobre unas maderas abandonadas el marino Micaelo.

Por la cantidad de gente que estaba en pie a su alrededor, Mateo pensó que la historia que contaba debía de ser maravillosa. Intentaba abrirse paso entre el público para sentarse en primera fila, cuando vio como un ladrón cortaba con una navaja las cintas que ataban la bolsa del dinero al cinturón de un joven.

Con un grito avisó a la víctima y salió corriendo tras el ladrón para recuperar la bolsa. En el grupo se armó un pequeño revuelo de exclamaciones y gritos.

—¡Ese ladronzuelo otra vez por aquí!

—¡Píllale, hijo, píllale!, que se va a llevar una buena paliza. Verás como escarmienta y no vuelve.

—¡Corre, pequeño, cógele!

Los gritos de ánimo hicieron más veloz a Mateo, que ya casi alcanzaba al ladrón, cuando este, asustado, tiró la bolsa y se escabulló entre la gente.

Mateo la recogió del suelo para devolvérsela a su dueño.

—Gracias, muchas gracias, chico. Yo te conozco, te he visto otras veces escuchando a Micaelo. ¿Quién eres?

—Soy Mateo, aprendiz de zapatero. Vivo con mi maestro y su mujer al otro lado de Rialto. Mi maestro es el mejor zapatero de Venecia.

—¿Y cómo es que te dejan estar aquí por el puerto a estas horas?

—Bueno. Hago los recados muy rápido para venir a escuchar a Micaelo. Yo a ti también te he visto otras veces.

—Sí, vengo todas las tardes. Estoy esperando el regreso de mi padre y de mi tío que viajan por Oriente desde hace catorce años. Me encantan las historias de Micaelo, pero no serán nada, seguro, en compara-

ción con las que habrá vivido mi padre. Yo algún día también podré viajar, espero... –terminó suspirando.

Abrió la bolsa y rebuscó una moneda que le entregó a Mateo, dándole las gracias.

—Ten. Has sido muy valiente. Si alguna vez necesitas algo de mí, ya sabes, te debo un favor, búscame. Mi nombre es Marco, Marco Polo* de *Ca'Polo*¹.

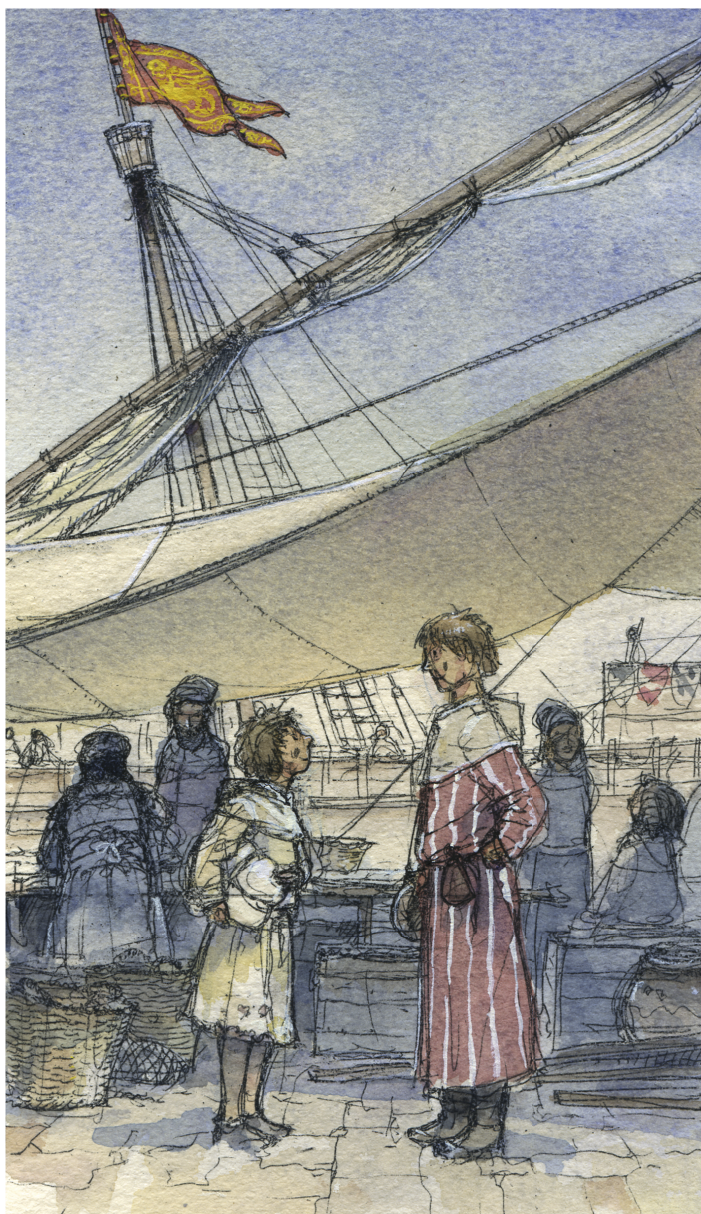
Los dos se acercaron de nuevo al corro que rodeaba a Micaelo, con la mala suerte de que este ya se levantaba diciendo:

—... y os aseguro que aunque la ciudad oriental de Bujara* es hermosa y exótica y está llena de magníficos palacios, nunca he visto en mi vida ciudad tan espléndida, bulliciosa y animada como nuestra querida Venecia.

Mateo se había quedado sin historia. Miró al cielo y vio que oscurecía. ¡¡Se le había hecho realmente tarde!! ¿Qué le dirían en casa? Apurado, se dirigió de nuevo a la barcaza para remontar el Gran Canal, pero eran decenas las personas que aguardaban para subir.

Esperó, sobresaltándose cuando oyó el tañido de las campanas. ¿Ya el toque de queda? El castigo estaba asegurado. Probablemente sin cena, sin desayuno, o quizá con una buena paliza... Y lo que era peor...:

¹ *Ca'* era la denominación a la que se le añadía el apellido, que hacía referencia a la casa de una familia rica. En este caso los Polo, *Ca'Polo*.



¡ni soñar con salir a hacer recados en los próximos días!

De repente, la gente empezó a moverse con inquietud y a hablarse unos a otros.

No, no era el toque de queda lo que sonaba. Las campanas de la iglesia de San Marcos* tañían solemnes y sin parar.

—¡Tocan a fuego! —gritó alguien a su alrededor.

—No, no es aviso de fuego. Este toque anuncia una muerte —dijo con voz queda un anciano fraile, sin que nadie se atreviera a replicarle. Y añadió—: Por el toque solemne parece que el fallecido es un ilustre.

En el recorrido de vuelta, ya de noche, la gente hablaba entre murmullos. El escenario se estaba volviendo bien lúgubre. Por un momento Mateo sintió miedo, pero esa era una sensación que él no podía permitirse. No. Tenía que ser valiente. ¿Cómo, si no, iba a viajar por tierras desconocidas?

El sereno cantaba las diez de la noche cuando Mateo empujó sigilosamente la gran puerta de madera del taller de zapatería. Se sobresaltó al ver que el maestro y su esposa, los dos, estaban esperándole. Quitándose la palabra uno a otro, le preguntaban:

—Mateo, ¿es cierto? ¿Qué se dice en la calle? ¿Has estado en la plaza de San Marcos?

Se quedó mudo por la sorpresa. A pesar de la hora de llegada, no había regañina ni castigo.

—Ha muerto el jefe y...

Con un pescozón en la cabeza, el maestro le reprendió:

—Mateo, ¡habla con respeto! ¡Se trata del dogo²!
¡El gobernador de la ciudad!

—Sí, eso. Ha muerto el dogo, y las campanas van a estar tres días sonando sin cesar hasta que se le entierre. Según dicen, ese día nombrarán un nuevo gobernador y las campanas repicarán entonces muy alegres...

—Y del entierro, ¿qué se cuenta?

—Que va a ser el más espectacular que se ha celebrado nunca. Será un gran desfile en el que también estarán los gremios: plateros, herreros, ¡zapateros! Todos con sus estandartes y uniformes.

—¿Y los caballeros?

—Las familias más ricas de Venecia irán a la cabeza.

—¿A la cabeza?

—Bueno, detrás de los clérigos. A la cabeza los clérigos, y después los nobles, y después los gremios...

La conversación se interrumpió porque ambos, marido y mujer, empezaron a hacer exclamaciones sobre los trajes que tenían que preparar para tan importante desfile.

² Máximo magistrado de la república de Venecia.

Viendo que se afanaban en los preparativos sin reparar en él, Mateo se acomodó en silencio en el rincón donde dormía sobre un duro camastro de madera. Cortó un trozo de pan, se cubrió con una vieja manta y dejó que su imaginación volara hacia lejanos países. ¡Podría ser escudero y acompañar a los caballeros a Tierra Santa*! Pero él no conocía a ningún caballero. Se acordó de Marco Polo. Si salía a viajar, como le había dicho, ¿no necesitaría un aprendiz de zapatero?

